

EL PAPEL DEL EDUCADOR-A SOCIAL COMO DINAMIZADOR-A DE LOS PROCESOS DE INSERCIÓN SOCIOLABORAL.

Álvarez Barcia, Jesús

Bujanda de la Fuente, Ignacio

Martínez Prieto, Alejandro

Vicente Canela, Fco. Javier

Oviedo

1. CONTEXTUALIZACIÓN

Asociación Albéniz es el nombre de un colectivo de personas de Asturias que se unen para dar una cobertura oficial a un proyecto de reinserción de transeúntes jóvenes.

Este proyecto nace en abril del año 1991 con la intención de ofrecer un domicilio de larga estancia a personas que, por diversas razones, carecen de un lugar desde el que acometer el problema de su inserción o reinserción en la sociedad. Dicho domicilio está situado en la ciudad de Oviedo.

El equipo educativo, de forma más organizada, comienza su andadura a finales del mismo año 91 y, desde un principio, se plantea seguir una línea de trabajo que se puede encuadrar dentro de los modelos de Investigación - Acción.

El proyecto, en coherencia, se va desarrollando y reformulando en función de las múltiples experiencias que se viven durante el proceso. En una espiral de reflexión-acción, el equipo va determinando las líneas maestras de lo que será un trabajo que tenga cierta garantía de logro social.

En esta comunicación no vamos a centrarnos en presentar el proceso seguido durante estos años (de hecho es el objetivo de otra comunicación que presentamos al Congreso), sino en la reflexión sobre un aspecto de nuestro trabajo que nos ha llevado a ofrecer nuevas líneas de actuación en el marco de nuestra Comunidad: el papel del educador-a social como dinamizador-a de los procesos de inserción sociolaboral.

Durante estos años, por razones obvias, nuestro trabajo como equipo, en general, ha girado en torno a tres grandes preocupaciones:

a). La formación académica: la mayoría de las personas que pasan por nuestro proyecto tienen un déficit formativo que les dificulta su inserción social.

Este déficit produce, en concreto, dificultades para participar con éxito en programas de inserción laboral, así como una gran resistencia al aprendizaje (sobre todo teórico) por la experiencia continuada de fracaso en la que han estado inmersas.

Por todo ello, el equipo se plantea la necesidad de un trabajo de apoyo y fomento de actividades formativas tanto regladas (obtención del graduado escolar), como no regladas.

Esto, con un doble objetivo:

a). Por un lado, la obtención de una mínima formación que les permita una mejor adaptación a los programas de inserción laboral.

b). Por otro lado, conseguir una valoración de la formación y una mejora en la autoestima de las personas residentes con respecto a su capacidad de aprendizaje.

- La formación en hábitos y habilidades sociales: con este gran apartado queremos referirnos al trabajo que hay que desarrollar en la línea de que las personas que pasan por el proyecto analicen sus dificultades para la inserción debidas a conductas poco adaptativas (desde los hábitos de higiene, la desestructuración de horarios, hasta las dificultades para relacionarse).

En esta línea, creemos que las personas deben ser conscientes de cuáles son sus dificultades para poder mejorar su situación, porque, de otra forma, desaprovechan, en gran medida, las pocas oportunidades que se les brindan.

- La formación laboral: todas las personas que participan del proyecto tienen un déficit en cuanto a su formación para la inserción en el mercado de trabajo. Por ello, como equipo educativo, nos planteamos la necesidad de que cada persona haga un análisis de sus posibilidades, habilidades e intereses con el fin de orientarla en el proceso de elección de su futuro profesional.

Las difíciles situaciones de las que parten nos llevan a definir líneas de actuación muy distintas según los casos (desde la atención única a procesos formativos de larga duración como la Escuela Taller, hasta búsqueda del acceso directo al mercado laboral, pasando por procesos mixtos de trabajo coyuntural y formación simultánea).

La coherencia con nuestros planteamientos ideológicos y educativos nos ha llevado a un planteamiento de funcionamiento tendente a la socialización: en la medida de lo posible, nuestra labor se ha encaminado a que las personas residentes buscaran la solución a sus dificultades en el entorno social más que en la casa. Frente a otros proyectos que se plantean que la formación se desarrolle con el colectivo dentro de la residencia, en nuestro caso, las personas que participan del proyecto, asisten a programas que ofrece la Comunidad.

En el marco de la relación que nuestro equipo educativo establece con Organismos Públicos que ofertan Programas de Formación Ocupacional para personas con dificultades de acceso al mercado laboral, nos planteamos la reflexión sobre la necesidad de la participación de educadores-as sociales con el fin de que realmente dichos programas puedan tener una cierta eficacia social.

2. ANÁLISIS

El análisis y posteriores conclusiones no pretenden ser generales sino que las ofrecemos como nacidas en nuestra y para nuestra realidad asturiana. Desde nuestra concepción de procesos de reflexión-acción, creemos que es interesante compartirlas pero nunca desligadas de su contexto.

Durante los cuatro años que llevamos desarrollando nuestro proyecto, son bastantes las personas que han pasado por la experiencia de asistir a cursos de formación organizados, a través de programas europeos, fundamentalmente por ayuntamientos.

Este tipo de actuaciones están enmarcadas en lo que se denomina Formación Ocupacional y, en general, se centran en la capacitación profesional para el desarrollo de una determinada actividad laboral.

Normalmente, la decisión de los cursos que se imparten se basa en razones de posibilidades de inserción laboral, cuando no en razones más economicistas como la disponibilidad de personal o infraestructuras. En casi ningún caso se hace un análisis previo de las necesidades de educación integral de las personas que van a participar del programa y cuando se hace, se suele limitar a un estudio "academicista" del nivel formativo de cada asistente y, fundamentalmente, si tiene o no que sacar el graduado escolar.

Los programas comienzan con la inscripción de las alumnas-os y terminan con la finalización de los mismos. Depende del interés del equipo, el periodo en el que se desarrolla el curso puede servir para que el alumnado se mueva más o menos en pos de la inserción laboral.

De otra forma, el equipo, en la medida de su interés o concienciación, lo más, procurará atender a una educación más global durante el periodo formativo, preocupándose de facetas como la orientación y el apoyo a iniciativas.

La mayoría de las personas que hablan de formación ocupacional se centran únicamente en la dimensión de la formación específica para el empleo. El ejemplo más paradigmático es el del INEM que, debido, sin duda, al afán por disminuir las listas del paro, basa sus programas en estudios de necesidades profesionales, pero apenas hace hincapié en el análisis del tipo de personas que precisan de su apoyo. Sus estudios van más encaminados a buscar lo que la sociedad demanda que a analizar por qué hay muchas personas que se quedan fuera del mercado laboral.

Si bien es verdad que la solución al paro no está en la inserción una a una de todas las personas, no es menos cierto que determinado tipo de ellas tienen grandes hándicaps a la hora de encontrar un puesto de trabajo, por su historia previa.

De hecho, es en el campo de las discapacidades donde encontramos una preocupación distinta en el proceso de inserción laboral. Así, nos encontramos en este ámbito, con el planteamiento de una línea de intervención denominada "trabajo apoyado" que pretende no solo preparar a las personas para el empleo, sino también ayudarles a conservarlo.

Para ello hablan de las figuras de la persona Buscadora de Empleo y la Pre-paradora Laboral. La idea general es que para una buena inserción laboral es necesario atender a algo más que la formación en un centro.

En este tipo de enfoques, se pueden ver objetivos como:

a). Sensibilizar a un grupo de empresas para que colaboren activamente con la experiencia de integración laboral.

b). Informar a los padres, madres o tutores-as para que colaboren en todo el proceso de integración socio-laboral de sus hijos-as.

c). Ofrecer apoyo técnico individualizado para que los y las jóvenes puedan mantener el puesto de trabajo.

d). Enseñar a las personas participantes las habilidades sociales complementarias necesarias para la adaptación al puesto.

Objetivos de este tipo nos indican que, al menos, para el caso concreto de las personas con discapacidades, los equipos de formación entienden que el proceso de inserción laboral no puede quedarse en una mera formación de tipo profesional sino que hay que tener en cuenta otra serie de aspectos que van a dar más posibilidades de éxito a la acción formativa concreta.

Desde el campo que nos ocupa (los y las transeúntes jóvenes) nos encontramos con un tipo de análisis muy parecido. Tenemos que ser conscientes de que muchos de los fracasos que se producen en el proceso de inserción laboral (casi todos) son de índole estructural, pero, no obstante, hemos comprobado cómo casos de difícil inserción sociolaboral han logrado su objetivo de forma más satisfactoria con un seguimiento de todo el recorrido (el antes, el durante y el después de la actividad formativa).

En estos años que llevamos trabajando en el campo del apoyo a la inserción y/o reinserción social de transeúntes jóvenes, hemos comprobado cómo el trabajo de seguimiento ha sido determinante en su proceso y cómo personas que en principio partían con una mejor situación social han obtenido resultados menos esperanzadores.

Por otro lado, es claro que hay grupos cada vez más anclados en la incapacidad de enfrentarse al mercado laboral. Esto está provocando, como defienden muchos estudios, una disminución en la edad media de las personas transeúntes y usuarias de albergues, en general. Se crea un círculo en el que las personas que no encuentran un trabajo se van abandonando y retirando de la vida social, siendo esa razón la que les impide, a su vez, acceder al mercado de trabajo (aunque fuera en una situación de empleo precario). Es un proceso que quizás pueda explicarse, en muchos casos, desde el concepto psicológico de la "indefensión aprendida" según el cual, cuando la persona prueba distintas estrategias que siempre le llevan al fracaso, llega a considerar que el control de las situaciones es externo a sí misma y, por tanto, que lo mejor es no hacer nada.

Esta situación es, sin duda, una simplificación, pero nos ayuda a comprender hasta qué punto puede ser necesaria, para algunas personas (cada vez más), sobre todo en el campo de la marginalidad, el desarrollo de programas donde la formación concreta sea un elemento más y no el eje sobre el que gire toda la actuación.

A hacer esta reflexión nos anima la evaluación que desde los propios centros de formación se hace de las personas que por participar de nuestro proyecto de inserción, sí disponen de un apoyo social en su proceso. Personas que tienen una experiencia de vida en la calle, mediante un apoyo y seguimiento, son altamente valorados desde los servicios de formación.

Esta valoración se demuestra en que son elegidas para cursos de perfeccionamiento (incluso derivadas a otros servicios) y para ofertas de empleo concretas.

Además, podemos constatar que, cada vez más, los centros solicitan plazas en nuestro proyecto para otros casos que, entienden, pueden ser beneficiados con un seguimiento más integral.

3. CONCLUSIONES

Todo ello, nos lleva a considerar que la intervención de Educadores-as Sociales en el proceso de inserción laboral puede mejorar significativamente el logro social de los proyectos de formación ocupacional.

Desde nuestro proyecto, intervenimos de forma integral sobre todo el proceso porque se trabaja en régimen de convivencia diaria. Sin embargo, no creemos que éste sea el medio más conveniente para todos los casos.

Como es obvio, no todas las personas que pasan por un proceso de formación ocupacional necesitan de una atención tan específica como puede suponer un domicilio a larga estancia. No obstante, consideramos que cada vez son más las personas que, por sus grandes dificultades a la hora de la inserción sociolaboral, precisan de un apoyo más estructurado que lo que supone la asistencia a un curso de formación.

Entendemos que los procesos formativos, para estos casos, deben tener en cuenta tres fases:

a). Fase inicial: se centraría en que las personas hicieran un análisis de sus posibilidades en base a capacidades, situaciones, intereses, etc. Asimismo, en esta fase se preocuparían de reincorporarse a la rueda de la búsqueda de empleo (apuntarse al INEM, lectura de anuncios, etc.)

b). Fase intermedia: en la que las personas se incorporarían a un proceso formativo concreto de los ofertados por los servicios correspondientes.

c). Fase final: en la que se les ofrecería un apoyo en la búsqueda y posterior incorporación al mercado laboral.

Esto, explicado muy en general, puesto que se concretaría según personas, instituciones, etc. supone un planteamiento de atención procesual y no puntual al problema de la inserción sociolaboral.

Es aquí, donde la figura de educadores-as sociales cobra un valor como coordinadores-as de los procesos de inserción. Frente al modelo centrado en la calidad de los cursos que basa la eficacia en la búsqueda de personas que formen bien para el empleo, nuestra idea es que lo más importante, sin excluir lo anterior, es que el proyecto se desarrolle en línea de proceso.

Desde este planteamiento, el equipo educativo sería el eje del desarrollo de los programas: coordinaría al resto del personal, en base a las necesidades del proceso de las personas participantes. Elicitaría un análisis desde una concepción más integral de la inserción y podría dar pautas a los formadores-as para una mejor atención a la individualidad.

No quisieramos terminar sin aclarar que, en coherencia con nuestro planteamiento educativo, creemos que el modelo antes esbozado del "empleo apoyado" no sería el más conveniente, por sus connotaciones excesivamente tecnicistas. No buscamos tanto personas que entrenen para el empleo, como personas que favorezcan la reflexión sobre su acción y determinadas habilidades.

El perfil de los educadores-as estaría más cercano a personas capaces de elicitar entre los y las participantes procesos de reflexión-acción tendentes a que como personas y grupos tomen conciencia de su situación y los pasos que han de dar para superarla.

Como síntesis final, defendemos la necesidad de la incorporación de educadores-as sociales en los proyectos de formación ocupacional destinados a personas con dificultades para el acceso al mercado laboral. Educadores y educadoras que se conviertan en el eje de los procesos, que fomenten la coordinación y el análisis en línea procesual entre los y las profesionales que participan en los programas.